

## CARTA DE MUJERES



**S**i alguna vez llegó a anidar en mi mente la idea de que, tarde o temprano, alguna de nosotras haría traición a nuestro ideal, confiésoos con toda la sinceridad de que soy capaz, que ni remotamente imaginé que pudiera ser Teresa.»

De esta guisa expresábase Luisa al entrar yo donde se hallaban reunidas tres de mis mejores amigas. Era una habitación con todos los honores de despacho, pero de despacho de *mujeres*; las mejores obras de los clásicos de todos los países, y tampoco faltaban de Derecho y Moral. Un bello ramo de camelias pálidas e inodoras colocadas en artístico búcaro sobre una mesita muy cercana a los libros, restaba de la biblioteca algo de su austeridad a la par que decía bien a las claras cuán compatible es el Saber con la Belleza.

El azar las había reunido, y convencidas de que en sus pechos ardía la misma llama de amor por la erudición, juntáronse en franca camaradería y cometieron la grande e imperdonable ligereza de jurar que desde aquel momento quedaba cerrada la fuente de sus sentimientos, y que prometían consagrar su vida por entero a la realización de su ideal más preciado: el estudio. Ahora; la que hiciera traición al *estado*, sería expulsada sin ninguna consideración, siéndole, además, terminantemente prohibido volver a cruzar palabra con sus compañeras.

Pasó el tiempo. Aquellas cinco mujeres no cejaron en su firme propósito, y hoy ya empezaban sus esfuerzos a verse coronados por el éxito más lisonjero. Teresa cursaba con gran aprovechamiento el Doctorado; el Profesorado acababa Luisa; Blanca se había internado por la carrera de Letras, mientras que las otras dos habían preferido la de Leyes.

Mas, he aquí que un suceso tan trascen-

dental como grave venía a turbar la apacible vida de las estudiantas. Teresa, según había declarado aquella mañana, con una decisión firmísima y sólo hija de una muy madura reflexión, estaba decidida a trocar la corona de laureles, que a buen seguro pronto habría ceñido su alba frente, por la de desposada.

Y aquella tarde habíase me mandado llamar con toda urgencia para asistir al *Consejo Sumarísimo*—del que formaba parte—, instituido para castigar severamente a la infiel compañera por el *delito de alta traición* cometido.

—María—exclamó Luisa al verme, prepárate a oír lo más inusitado y terrible que imaginarte puedas. Figúrate que Teresa ha destruido en un momento la labor de años interminables plagados de amarguras y sufrimientos sin cuento... Ha dado por tierra con todos los planes que teníamos forjados, y lo que es peor, ¡ha decidido casarse!

Callé, porque en aquel momento, al ver la indignación y pena de mis amigas, me consideraba un poco culpable por haber sido *precisamente* yo quien acabó de convencer a Teresa a tomar tan *horrible* determinación. Pero el remordimiento era bien poca cosa ante la satisfacción plena que sentía de haber cumplido con mi deber. Siempre abrigué la convicción más arraigada de que Teresa, a pesar de su inteligencia fecunda y preclara, parodiaría mejor a las princesas de antaño, que envueltas en blancos almagres y celajes de gasa, soñaban tras los alhamíes, que a una grave doctora avezada a contemplar el dolor y la muerte, y no viviendo más que por y para arrancar a la Ciencia los secretos con que salvar a la doliente humanidad.

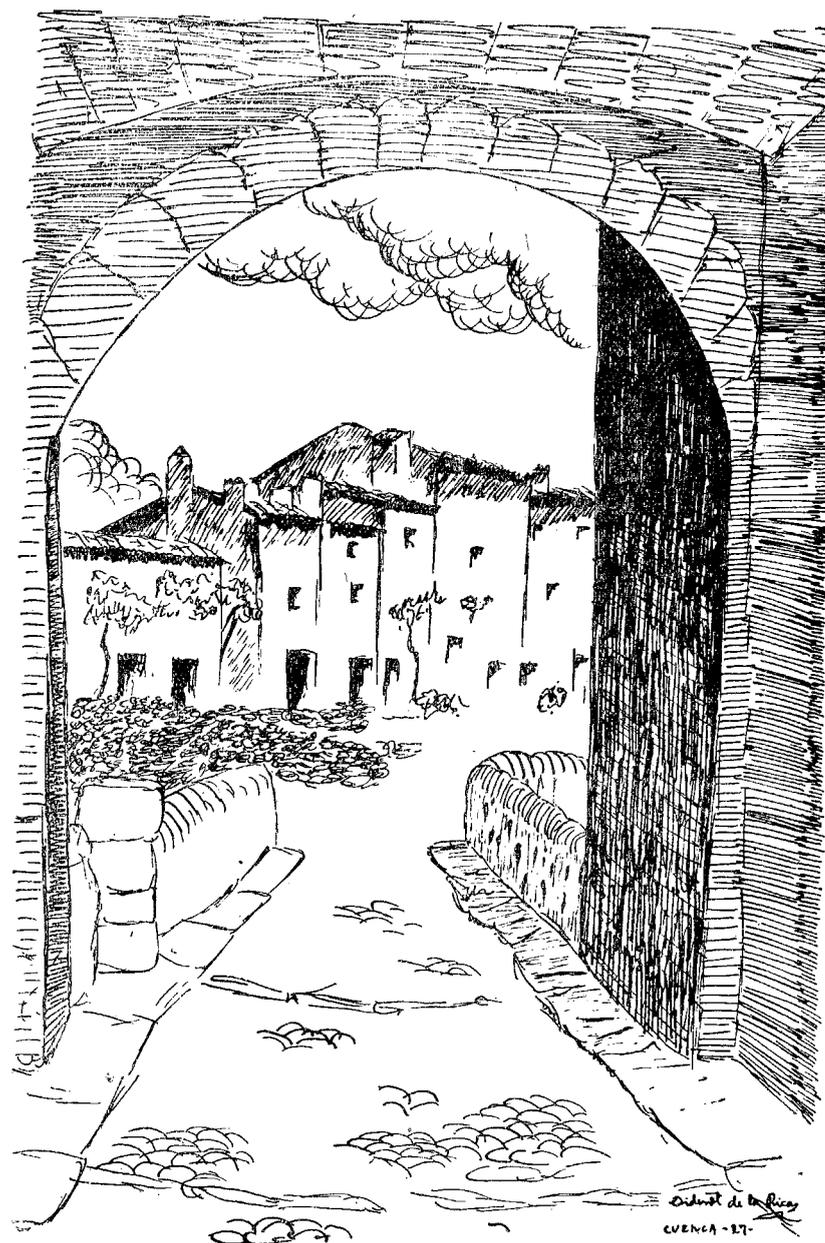
Así, cuando confiéme las dudas, indecisiones y temores que le asaltaban, le dije:

—Casate, Teresa, si tu pretendiente es bueno, inteligente y honrado, y deja la vida de altruismo y sufrimiento para personas más adictas a ella y de temple más fornido. ¿Puede haber suerte peor que la de la mujer condenada a vivir eternamente sola, sin un cariño sano y fuerte que le sirva de escudo y salvaguardia en los escollos de la vida en que tantos naufragan? Salvar a tus semejantes con el auxilio de la Ciencia de verdad que ha de producirte un gozo y satisfacción incommensurables, mientras que si formas un hogar, ¿qué dulzuras pueden igualarse con las que él ha de reportarte?

Convencí a Teresa; mis amigas pensaron cuán feliz era, cometer el *delito de alta traición*.

María GUARDIA.

## DEL CUENCA TIPICO



Entrada al barrio del Castillo